

TIERRA Y PODER. PAISAJES RURALES PROTOHISTÓRICOS EN EXTREMADURA¹

David M. DUQUE ESPINO*, Alonso RODRÍGUEZ DÍAZ**
e Ignacio PAVÓN SOLDEVILA**

* G. I. PRETAGU. Área de Prehistoria. Universidad de Extremadura.
Investigador del Subprograma Ramón y Cajal del MINECO

** G. I. PRETAGU. Área de Prehistoria. Universidad de Extremadura

Resumen

A partir de una teorización de la “Arqueología Rural” ya dada a conocer y de la información arqueológica recuperada en los últimos años, analizamos los paisajes rurales de la Primera Edad del Hierro (ss. VII-V a.C.) en el actual territorio extremeño, considerado como una periferia interior de Tartessos. Para ello incidimos en la caracterización del asentamiento, del entorno económico y simbólico, así como del territorio político en que se incardinaron los yacimientos de Cerro Manzanillo, La Mata, Los Caños, El Chaparral o La Ayuela, entre otros.

Palabras clave: Arqueología rural, paisaje, territorio, paleoeconomía, protohistoria, Extremadura, Tartessos.

Abstract

We analyze the rural landscapes of the First Age of Iron (VIIth-Vth century B.C.) in the current Extremaduran territory considered as Tartessos's interior periphery from a theory of the “Rural Archaeology” already announced and from the recovered archaeological information in the last years. To that end, we insist on the characterization of the settlement, the economic and symbolic environment, as well as the political territory in which the sites of Cerro Manzanillo, La Mata, Los Caños, El Chaparral or La Ayuela, are incorporated among others.

Keywords: Rural Archaeology, landscape, territory, palaeoeconomic, protohistoric, Extremadura, Tartessos.

¹ Este trabajo se incluye en el proyecto del Plan Nacional “El tiempo del Tesoro de Aliseda” (HAR2010-14917) y en la Acción Complementaria “Estudio del contexto arqueológico del Tesoro de Aliseda (Cáceres)” (HAR2011-15841-E). <<http://www.eltiempodeltesorodealiseda.com>>.

Como en diversas ocasiones se ha reconocido, el interés por el estudio arqueológico de los paisajes rurales ha aumentado de forma notable. Así lo viene demostrando su tratamiento en diversas reuniones científicas y monografías, especialmente a lo largo de los últimos 15 años (Buxó Capdevila y Pons Brun, 2000; Mata Parreño y Pérez Jordà, 2000; Martín Ortega y Plana Mallart, 2001; Gómez Bellard, 2003; Mayoral Herrera, 2004; Orejas Saco del Valle, 2006; Rodríguez Díaz y Pavón Soldevila, 2007; van Dommelen y Gómez Bellard, 2008, entre otras); y así lo corrobora ahora su reflejo en el II Seminario Interuniversitario UEx-UCA titulado *Paisajes rurales. Historia y presente*. En lo que a los paisajes rurales protohistóricos peninsulares se refiere, la dinámica coyuntura actual entronca con el fuerte impulso que, desde finales de la década de los sesenta del siglo pasado, evidenciaron los proyectos regionales de prospección arqueológica –*surveys*– en el entorno mediterráneo; pero también con la progresiva extensión, en términos teóricos, metodológicos y prácticos, que como tópico han experimentado de la mano de la Arqueología del Paisaje/Territorio en nuestro país, contribuyendo de este modo a redefinir visiones más tradicionales sobre el mundo castreño, ibérico, feno-púnico y hasta tartésico (Rodríguez Díaz, 2009a: 307).

En este sentido, hace apenas unos años nos pareció oportuno dar a conocer una propuesta metodológica sobre “Arqueología Rural” en el Guadiana Medio, nacida precisamente en el marco de nuestra experiencia investigadora en el edificio protohistórico de La Mata de Campanario (Rodríguez Díaz, 2009a y 2009b). Si bien no ha transcurrido desde entonces un tiempo excesivo, lo cierto es que los trabajos desplegados últimamente en torno al ruralismo protohistórico bajoextremeño –y en menor medida en tierras cacereñas, donde precisamente ahora estamos intensificando nuestra investigación– han contribuido, en buena medida a remolque del impulso de la obra pública, a aportar unas dosis de diversidad en el registro que, además de enriquecer nuestra perspectiva al respecto, nos obligan al saludable ejercicio de la actualización y la profundización.

1. RURALISMO Y ARQUEOLOGÍA

Como reconocimos desde un primer momento, nuestra propuesta metodológica de la “Arqueología Rural” –que no pretende ser exclusiva ni excluyente de otras amparadas bajo la misma etiqueta (Criado Boado y Ballesteros Arias, 2002)– es fundamentalmente integradora de variables muy diversas, contempladas en toda una serie de experiencias precedentes de naturaleza antropológica, geográfica y arqueológica sumamente sugerentes (Wolf, 1982; Fowler, 1983; Bolós i Capdevila, 1992; Isager y Skydsgaard, 1995; Roberts, 1996; Orejas Saco del Valle *et al.*, 2002; Badal García, 2002, entre otras). Conectada tanto a lo que se ha dado en llamar la “Arqueología Agraria” (vertiente que, imbricada en la Historia Rural francesa, persigue el reconocimiento de los restos y huellas vinculados a la explotación de la tierra –parcelarios, campos de cultivo, restos paleobotánicos y arqueofaunísticos, etc.– y su interrelación con las demás evidencias de antropización del medio, marcadas por las cambiantes relaciones socioeconómicas) (Ballesteros Arias, 2008), como a la “Arqueología del Paisaje” (percepción evolutiva y acumulativa –en la *longue durée* podría decirse– del paisaje, que trasciende la estricta caracterización material y socioeconómica de los espacios productivos al considerar éstos dentro de una realidad más global y diversa en cuya construcción también juegan un importante papel las variables políticas e ideológicas) (Burillo Mozota, 1998; Anschuetz *et al.*, 2001), la modalidad de “Arqueología Rural” que defendemos persigue la caracterización y el estudio evolutivo de los contextos rurales, atendiendo a la estructuración del paisaje principalmente como marco y medio de producción y reproducción de una forma de organizar

dos niveles básicos, reconocidos en la matriz como “aspectos generales” y “organización”, divisibles en un número mayor de subniveles para cuya aprehensión se requiere a veces el concurso de herramientas metodológicas especializadas. Dentro del primero, particular atención cabe prestar a marco biogeográfico y a los detalles más concretos de su situación y emplazamiento, extensión y visibilidad. El segundo, por su parte, requiere nuestra aproximación a los pormenores constructivos, áreas funcionales, nivel tecnológico, capacidades productivas y de almacenamiento, y, siempre que resulte posible, al potencial demográfico.

Ya en un nivel mesoespacial, cuando abordamos el estudio de un entorno rural solemos hacerlo tomando como escala de referencia inmediata la del *site catchment analysis* (S.C.A.), que en las sociedades productoras se asimila *a priori* al círculo de 5 km de radio trazable en torno a un núcleo residencial estable (Chisholm, 1968; Higgs y Vita-Finzi, 1972; Higgs, 1975). Más allá de reconocer el carácter convencional –aunque de rigurosa inspiración antropológica– de ese círculo, cabe advertir de su utilidad a efectos comparativos. Como en otras ocasiones hemos defendido, por razones puramente metodológicas proponemos disociar como unidades de análisis dentro de la esfera inmediata al asentamiento –aunque de hecho a menudo se solapan– el “entorno económico” y el “entorno social y simbólico”. Dentro del primero –y de nuevo admitiendo aquí también las dificultades prácticas de su distinción– se ha sugerido diferenciar entre “territorio de explotación” (espacios accesibles para la explotación orientada a la subsistencia alimenticia) y “territorio de captación” (que proporcionaría tanto elementos para la propia subsistencia como materias primas para el funcionamiento y mantenimiento del asentamiento). Subniveles básicos para el reconocimiento del “territorio de explotación” serían sus límites y organización (a menudo difíciles de constatar arqueológicamente), los cultivos, las cabañas y las prácticas agro-ganaderas (donde el peso de la bioarqueología cada vez se reconoce mayor) (Buxó Capdevila y Piqué Huertas, 2008; Chaix y Méniel, 2005), así como el potencial productivo (que requiere en la mayor parte de las ocasiones de maniobras teóricas solo aproximativas); en tanto para el “territorio de captación” recurrimos a determinar la naturaleza y procedencia de los recursos que regularmente pueden ser aprovechados (caza, minerales y rocas, etc.). El “entorno social y simbólico”, por su parte, resultaría potencialmente abordable en los contextos funerarios y religiosos cercanos; haciendo uso aquí del rico préstamo conceptual y operativo de la “Arqueología de la Muerte” (Alcina Franch, 1998: 78-79) y de la “Arqueología del Culto y la Religión” (Renfrew y Bahn, 2008: 68-72).

Ya en la esfera regional o macrosespacial (aunque a veces la trascienda), el análisis del territorio político resulta fundamental, como anticipábamos, para desarrollar las potencialidades interpretativas e históricas de la “Arqueología Rural” y en particular para reconocer el tablero en que se dirimen las relaciones de poder. Un territorio político –en cuyo reconocimiento juega un papel determinante también la prospección arqueológica– concebido aquí, en la línea de la Escuela de Jaén, como el espacio producto de las prácticas de poder que un grupo social estructura a partir de la aceptación del hecho por la totalidad del mismo, que se desarrolla en el triple plano político, económico e ideológico (Ruiz *et al.*, 1998: 26). En función de ello las partes esenciales de su análisis serían el “patrón de asentamiento” y las “relaciones políticas”. En su acepción más sencilla, por “patrón de asentamiento” entendemos la distribución que muestra una población en una región determinada en función de factores geográficos, sociales, económicos o religiosos (Alcina Franch, 1989: 157 y ss.); mientras que las “relaciones políticas” englobarían, en función de lo ya indicado, las relaciones de poder social, económico y simbólico, articulando su reconocimiento en torno a dos aspectos tan significativos para la reconstrucción histórica como el de las relaciones campo-ciudad (Pavón Soldevila y Rodríguez Díaz, 2007) y el de la propiedad de la tierra (Ruiz Rodríguez, 1998: 295-296; y 2000: 18-19).

Finalmente, la matriz propuesta no olvidaría el interés que posee para los estudios sobre ruralismo protohistórico la transferencia/comparación de las aportaciones que desde la Etnoarqueología y los Textos pueden hacerse (Rodríguez Díaz, 2009a: 312).

2. “ARQUEOLOGÍA RURAL” EN EXTREMADURA. SIGLOS VII-V A.C.

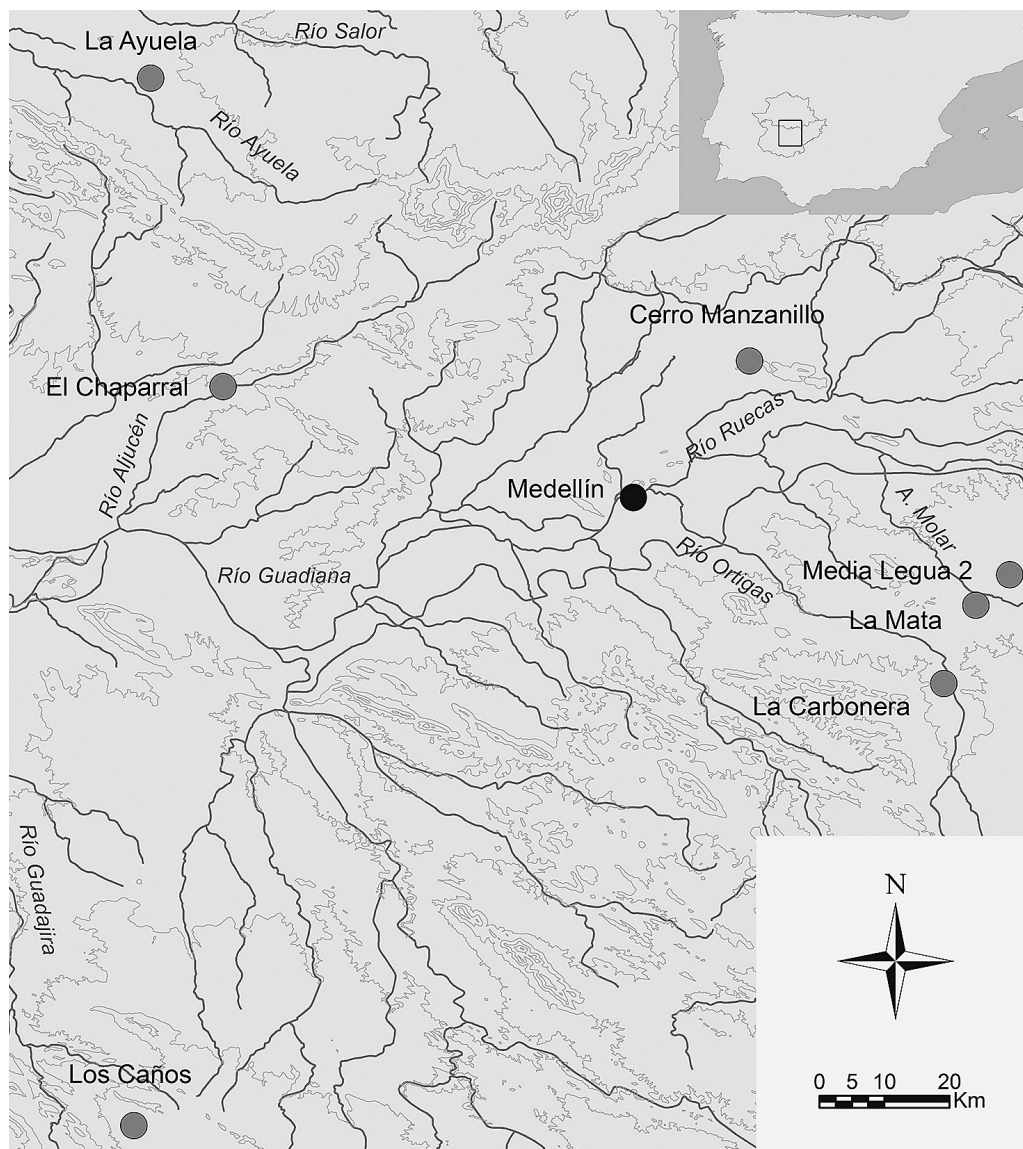
Cuando, hace unos años, presentamos en un artículo en homenaje a Pilar Acosta Martínez la teorización y aplicación práctica de la matriz de la “Arqueología Rural”, esta última se limitó básicamente al caso concreto de La Mata de Campanario, un yacimiento del siglo v a.C. en el Guadiana Medio. Hoy, gracias al avance investigador, podemos hacerla extensible a una serie algo más amplia –aunque no tanto como nos gustaría– de sitios orientalizantes y postorientalizantes, diversamente conocidos aunque todos excavados en parte o en su totalidad, que permiten plantear en términos descriptivos, analíticos y procesuales la diversidad del ruralismo en los siglos VII-V a.C. Pese al carácter aún preliminar, nos hemos decidido a incorporar incluso, para el tratamiento de algún aspecto puntual, los recientes datos obtenidos en la penillanura cacereña. Así, en esta sucinta panorámica sobre los paisajes rurales de la Primera Edad del Hierro extremeña –que lógicamente no puede tener más pretensiones que las de la síntesis a que obliga este formato– nos centraremos principalmente en la información de Cerro Manzanillo (Villar de Rena) (Duque Espino, 2007; Rodríguez Díaz *et al.*, 2009), La Mata y Media Legua 2 (ambos en Campanario) (Rodríguez Díaz, 2004; Rodríguez Díaz *et al.*, 2007), Los Caños (Zafra) (Rodríguez Díaz *et al.*, 2006; Pavón Soldevila *et al.*, 2015) y El Chaparral (Aljucén) (Sanabria Murillo, 2008); además de avanzar algo sobre el complejo rural de La Ayuela (Cáceres) (Rodríguez Díaz *et al.*, 2013), en cuya memoria trabajamos en la actualidad.

2.1. EL ASENTAMIENTO

Una aproximación global, como la que pretende este estudio, difícilmente puede profundizar en la multiplicidad de aspectos particulares que en último término motivan la elección de un asentamiento. No obstante, por la disposición de la mayor parte de los casos que acabamos de mencionar, podría decirse que comparten esa atención diversificada a las posibilidades integrales de sus entornos –por otra parte con algunas similitudes en casi todos ellos– que ya advertimos en nuestra anterior aproximación a La Mata (Rodríguez Díaz, 2009a: 313).

Salvo el caso de La Ayuela –dispuesto en una suave loma cercana a un afluente del Salor, vinculado a la Cuenca del Tajo, en el Sector Toledano-Tagano de la Subprovincia biogeográfica Luso-Extremadurese– todos los enclaves mencionados se relacionan hidrográficamente con la Cuenca Media del Guadiana, distribuyéndose por unidades fisiográficas diversas del Sector Mariánico Monchiquense (Duque Espino, 2005: 969) (Fig. 2). Así, los habitantes del caserío de Cerro Manzanillo eligieron para su ubicación, hacia el último tercio del siglo VII a.C. y a lo largo de casi una centuria, el piedemonte septentrional de un pequeño promontorio que se levantaba junto al arroyo Matapeces, afluente del Ruecas. Sitio en plenas Vegas Altas, a una altitud de 262 m que permitía quedar a salvo del peligro de las crecidas, desde él no solo humanizaron las férciles tierras que lo rodeaban (planosuelos sobre rañas y suelos aluviales), sino que disfrutaron del control visual y acceso sobre otros nichos susceptibles de explotación. De esta forma, además de los propios suelos terciarios y cuaternarios (que suponen el 75% del área de captación de recursos recurrentes), los pastos, y la leña procedente de las diversas unidades vegetales detectadas a través del muestreo arqueobotánico (encinares, bosques mixtos

FIGURA 2
ASENTAMIENTOS RURALES PROTOHISTÓRICOS MENCIONADOS EN EL TEXTO



y ripisilva) nos sitúan en un marco global de potencialidad y complementariedad que en otra ocasión hemos subrayado (Duque Espino y Grau Almero, 2009: 23; Duque Espino y Pérez Jordà, 2009: 165; Duque Espino *et al.*, 2009: 176).

El ya aludido caso de La Mata refleja, como decíamos, algo parecido. Situado en una discreta loma rodeada en parte por el arroyo Torviscoso –tributario del Molar, afluente a su vez del Zújar– preside desde sus 356 m un amplio sector de la transición llana y alomada de las

Vegas Altas a la comarca de La Serena, la penillanura de 400 m de altitud media que ocupa buena parte del levante pacense, con presencia de tierras de labor y pastizales salpicados por manchas residuales de encinar, en lo que es un paisaje de clara vocación agropecuaria. También entre mediados del s. VI y sobre todo el siglo V a.C., en que se desarrolló la etapa floreciente de este asentamiento, los datos bioarqueológicos sugieren que el paisaje fue así, aunque en un marco algo más húmedo que el actual. Erigido justo en el contacto entre sendos sustratos, de granitos al Sur y materiales sedimentarios al Norte (solo matizados por su aureola de metamorfismo), tendría fácil acceso a los espacios adeshados (encinares y pastos) y a los campos de cultivos dispuestos, respectivamente, sobre uno y otro (Grau Almero *et al.*, 2004; Ponce de León Iglesias, 2004). Un marco coincidente, a grandes rasgos, con el que cabe también atribuir al asentamiento de Media Legua 2, no lejos de La Mata, y a la pequeña instalación rural en llano de La Carbonera (La Guarda), recientemente excavada por vía de urgencia ante la construcción de una nueva carretera (Sánchez Hidalgo *et al.*, 2013).

Esa combinación entre disponibilidad de tierras para labor, monte y pastos –que en sí misma refuerza la orientación agro-silvo-pastoril de todos ellos– se aprecia también, aunque sin el aporte de información bioarqueológica directa, en los casos de Los Caños y El Chaparral, fechados en el siglo V a.C. Ambos sitios se vinculan a la Cuenca del Guadiana, si bien algo alejados de su valle principal, en zonas con un cierto grado de “marginalidad”. El primero de ellos, en el límite suroccidental de la campiña de Tierra de Barros, allá donde el umbral de Zafra posibilita el tránsito entre esa comarca y la de Jerez de los Caballeros, se situó en un llano suavemente alomado de 536 m de altitud –hoy completamente desdibujado– justo en el centro de una depresión delimitada por varias serretas (Rodríguez Díaz *et al.*, 2006: 72). La presencia de excelentes tierras de labor en régimen de secano (suelo pardo mediterráneo sobre pizarras con horizonte B argílico) y, sobre todo, de riveras y manantiales, que históricamente han dado fama a la ciudad segedana (como el de la Madre del Agua, a escasos metros del yacimiento), debieron de ser, junto a los recursos que ofrecían los altos circundantes, factores primordiales para el poblamiento. El Chaparral, por su parte, se ubicó en la campiña del Aljucén, salvando por su cota (265 m) la zona inundable por dicho río, donde disfrutaba de tierras aptas para la agricultura, de otras que debieron de acoger dehesas y pastos, y del posicionamiento junto a un paso entre las Vegas del Guadiana y la penillanura cacereña que más tarde surcaría la “Vía de la Plata” (Sanabria Murillo, 2008: 17 y ss.), pero que sin duda fue uno de esos caminos vernáculos siempre hollado por el hombre.

Precisamente en el mediodía de esa penillanura cacereña se ubica el yacimiento de La Ayuela, fechado entre el último tercio del siglo VII y el siglo V a.C., que recientemente hemos presentado de forma preliminar (Rodríguez Díaz *et al.*, 2013; Duque Espino *et al.*, e.p.). Si bien en un marco biogeográfico distinto a los anteriores, este enclave comparte con ellos –como seguidamente expondremos– rasgos arquitectónicos y funcionales; pero también pautas de ocupación. Así, con una altitud de 372 m, se asentó en el pasado en una suave loma, no alejado del río Ayuela, que facilitaba amplia visibilidad sobre el horizonte y atención directa a las tierras de cultivo, dehesa y pastos que lo rodean.

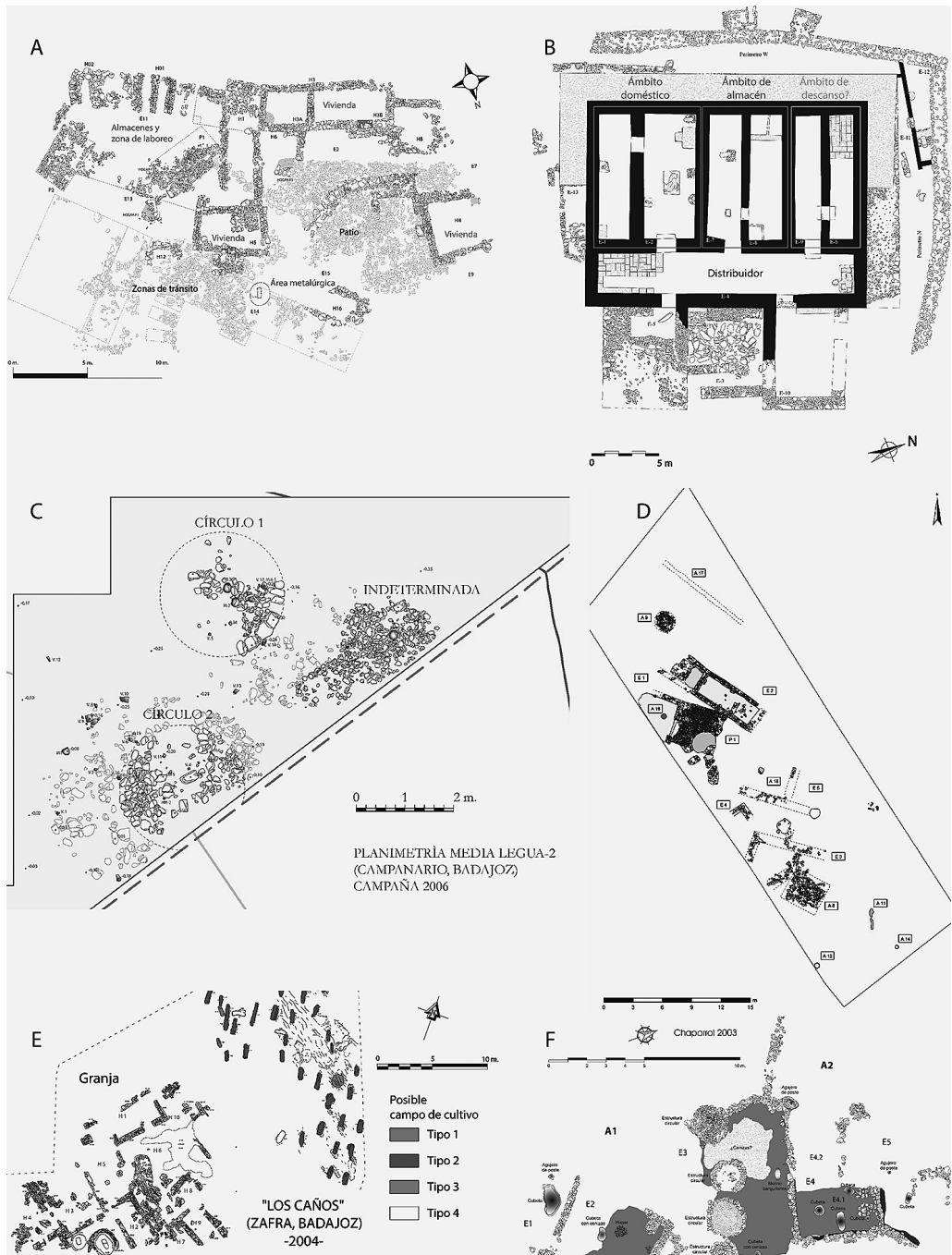
Pero más allá de referir estos aspectos generales, resulta sugerente atender a la organización de dichos asentamientos para calibrar la diversidad, siempre dentro de un cierto aire de familia, en que se mueve el ruralismo extremeño del Hierro I y las lecturas de orden funcional y sociopolítico de ella derivadas. Remitiendo al lector interesado a la apreciación de los detalles en la bibliografía ya indicada, nos restringiremos ahora solo a descripciones muy someras aunque atentas, en particular, a la información de tipo contextual que el estudio de las estructuras y la disposición microespacial de los hallazgos proporciona. Sabida es la variedad terminológica, a veces de imprecisos límites, empleada para referir la variedad de experiencias constatadas por la arqueología (granjas, cortijadas, caseríos, aldeas, edificios

señoriales, complejos monumentales...), en un ámbito –el de la protohistoria– donde además la dicotomía campo-ciudad no se resuelve como una relación antagónica sino dialéctica (su disociación, de hecho, sólo se producirá –y con matices de índole geográfica– cuando tenga lugar el abandono de la base económica agraria y su sustitución por una industrial, a causa del desarrollo del capital independientemente de la propiedad territorial) (Ruiz Rodríguez, 1986: 11; Pavón Soldevila y Rodríguez Díaz, 2007: 13). No perdiendo de vista esta puntuación, nos detendremos ahora en aquellos casos donde la casa o el caserío no solo forma parte del paisaje agrario sino que se erige en el centro de la explotación agraria. Excluimos, por tanto, en este punto el estudio de la ciudad preindustrial, e incluso el del poblado y la aldea, aunque necesariamente habrá que volver sobre ellos más adelante.

Comenzando de nuevo por el caserío de Cerro Manzanillo, cabe advertir de que básicamente se configura como un pequeño núcleo agrícola (de unos 600 m² de superficie), orientado al Norte y articulado en torno a un amplio patio (empedrado, canalizado y no totalmente cerrado), con tres ámbitos arquitectónico-funcionales principales: un espacio doméstico, otro destinado al laboreo y al almacenaje, y un tercero que se reconoce como zona metalúrgica; además de hogares, basureros y varias rampas empedradas que facilitaron el acceso y la circulación interna entre los diferentes sectores del caserío. El primero de los referidos está representado en varios habitáculos de planta angular, en general muy arrasados, dispuestos en los flancos sur, este y oeste del patio; en ellos, sobre las cimentaciones de piedra trabadas con barro, se dispondrían paramentos de adobe o piedra y cubiertas posiblemente planas. En ellos se ha estimado que vivirían unas tres familias (en torno a 15 personas) de campesinos ligadas por parentesco y coresidencia. En el segundo, también al Este, sobresalen dos almacenes elevados; y en el tercero, al Norte, destaca la documentación de una fragua con su zona de trabajo (Fig. 3A). Prescindiendo aquí de un análisis secuencial profundo, sí conviene recordar que arqueológicamente se documentaron dos fases de desarrollo, en lo que es un proceso de ampliación y reestructuración del caserío. Una primera, donde en torno al patio se disponen las casas meridional y occidental y la zona de almacén y laboreo; y una segunda donde no solo se añaden la casa occidental y la zona metalúrgica sino que se amplían las otras viviendas, los almacenes –cuya capacidad en ese momento, en base a sus dimensiones y con la ayuda del referente etnográfico de los *hri* de Marruecos, se ha estimado en 7.745 l de cereal (Duque Espino *et al.*, 2009)– y las rampas de tránsito; antes de abandonarse todo pacíficamente hacia mediados del siglo VI a.C. (Rodríguez Díaz *et al.*, 2009).

La Mata de Campanario, por su parte, es una imponente construcción inspirada en la edificación de prestigio oriental y orientalizante, aunque en este caso realizada en un contexto rural con piedras, grandes cantidades de adobes y maderas diversas acarreadas del entorno inmediato. Presenta una doble planta, fachada torreada orientada al Este y rodeada por una cerca de mampuestos, un terraplén y un foso que delimitaron una superficie aproximada de 2.500 m². La excavación ha permitido descubrir en su planta baja tres ámbitos arquitectónico-funcionales (doméstico, de almacén y, probablemente, de descanso), configurado cada uno de ellos por dos estancias estrechas y alargadas comunicadas entre sí, pero solo una con acceso a un amplio corredor transversal. En el extremo norte de éste, apareció un pequeño lagar de vino para un consumo interno de carácter elitista, y en el opuesto una escalera de “ida y vuelta” para acceder a una planta superior cuya organización no debió ser, *a priori*, muy diferente a la de la inferior. Por encima de ésta, el más de medio centenar de molinos de vaivén registrados entre el derrumbe del edificio sugiere la existencia de una amplia terraza que quizá acogiera un espacio de molienda (Fig. 3B). La capacidad de almacenamiento estimada, en este caso en estructuras concretas (trojes para cereal y leguminosas), ánforas y vasos de gran tamaño, se sitúa en torno a los 25.000 l. Por su parte, las estimaciones demográficas realizadas invitan a considerar La Mata como un “edificio señorial” habitado por una familia

FIGURA 3
PLANTAS DE LOS ASENTAMIENTOS RURALES PROTOHISTÓRICOS



extensa de 15-20 personas; una élite rural, con acceso a importaciones diversas y bienes de prestigio y de exhibición social constatados arqueológicamente, que dominó sobre el pago del Molar durante dos o tres generaciones, antes de que en torno al 400 su casa fortificada fuera pasto de un violento incendio (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 2004).

Sincrónicos y cercanos al “edificio señorial” precedente son también otros enclaves, como los de Media Legua 2 y La Carbonera, que conocemos solo deficientemente por diferentes razones. En Media Legua 2, distante apenas 3,5 km al nordeste de La Mata, únicamente se ha excavado un sector del asentamiento (de apenas 1.000 m² en su totalidad) que hoy se distribuye en el subsuelo de tres parcelas de propietarios distintos. La generosidad de dos de ellos permitió documentar los restos de dos estructuras circulares de piedra, con un diámetro aproximado de 2,5 m, que valoramos como posibles bases de hornos-tahona, asociados a materiales protohistóricos (Rodríguez Díaz *et al.*, 2007: 88-89) (Fig. 3C). La Carbonera, por su parte, está a medio camino entre La Mata y Cancho Roano (Zalamea de la Serena) –un yacimiento de apariencia similar a La Mata, pero interpretado por Maluquer de Motes, Celestino y Almagro Gorbea desde claves sacras o palaciales que no vamos a valorar aquí (para profundizar en la amplia bibliografía de Cancho Roano véase Jiménez Ávila, 2012)– aunque fuera de sus teóricas áreas de influencia. Muestra, a pesar del alto grado de arrasamiento que afecta a su comprensión, varias edificaciones de función habitacional y productiva con sucesivas fases constructivas, distribuidas según sus excavadores en unos 754 m² que no agotan la extensión de esta estación rural. De nuevo aquí constatamos diversas edificaciones de planta rectangular, hogares, un empedrado, una zanja de drenaje y una estructura pétreo de planta circular similar a las de Media Legua 2; junto a materiales cerámicos locales de cocina-mesa y almacenaje (Sánchez Hidalgo *et al.*, 2013) (Fig. 3D).

En ese mismo siglo v a.C. se sitúan los últimos yacimientos bajoextremeños cuya organización vamos a referir. El de Los Caños, localizado accidentalmente en Zafra a causa de la ampliación de un polígono industrial y después excavado por vía de urgencia, nos sitúa también ante un pequeño núcleo agrícola o caserío de unos 200 m², resultante de distintas fases constructivas, conformado por diversas estancias distribuidas de nuevo alrededor de un patio parcialmente empedrado. La mayoría de ellas se vinculan a espacios domésticos productivos, en función de la cultura material recuperada (siempre local, sin importaciones), salvo una que se singulariza por la disposición de dos hornos alfareros. Junto a la granja, se documentó un campo de fosas alargadas que podría relacionarse con un paleoviñedo, si bien de cronología incierta (Rodríguez Díaz *et al.*, 2006) (Fig. 3E). Tampoco exento de problemas está el caso del Chaparral, donde el desbroce de la Autovía de la Plata tropezó con una serie de cuatro estructuras circulares –a lo largo de una extensión inferior a los 500 m²– parecidas a las referidas en los casos anteriores, que han sido valoradas por su excavador –lejos de su interpretación como silos, dentro de un núcleo aldeano, que planteaban Jiménez Ávila *et al.* (2002)– como un espacio de panificación de carácter rural (Sanabria Murillo, 2008) (Fig. 3F).

También como consecuencia de la ingeniería civil –en este caso el trazado de la línea ferroviaria de alta velocidad– se descubrió en 2008, no lejos de Aldea del Cano, el complejo rural de La Ayuela. Aunque todavía en fase de estudio, y por tanto solo valorado aquí de forma preliminar, puede estimarse su extensión en unos 780 m². De planta y secuencia muy compleja, el análisis arquitectónico, espacial y funcional nos lleva a entender su desarrollo como un proceso orgánico muy dilatado en el tiempo, jalonado de múltiples refacciones. En todo caso, ya desde sus momentos iniciales La Ayuela se manifiesta como un edificio único, articulado en torno a un gran patio central (de más de 140 m²) y definido por una intrincada y cambiante estructura de habitaciones de planta angular que muestra una clara sintonía con la edilicia oriental y orientalizable del mediodía peninsular (Ruiz Mata y Celestino Pérez,

FIGURA 4
VISTA GENERAL AÉREA DEL ASENTAMIENTO DE LA AYUELA



2001), siendo uno de los referentes más próximos el sitio de Abul, en la desembocadura del río Sado (Mayet y Tavares, 2000). Desde el mencionado patio, los procesos de adosamiento, unión y superposición de estructuras van otorgando sucesivas plantas, diferentes en sus detalles, al conjunto arquitectónico a lo largo de su tiempo de uso (entre el último tercio del siglo VII y el siglo V a.C., como ya se ha dicho). Unas compartimentaciones que, funcionalmente, responden a escenarios productivos, de procesamiento, de almacenaje, de descanso, etc., con múltiples paralelos morfológicos y conceptuales en la rica arqueología agraria protohistórica (Rodríguez Díaz y Pavón Soldevila, 2007) (Fig. 4); pero también en otros lugares cercanos, como el conjunto cacereño del Torrejón de Abajo, valorado por otros colegas desde otras ópticas (Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2008), pero en nuestra opinión no alejado del modelo elitista rural que La Ayuela –donde, como allí, también hay objetos de prestigio amortizados– representa en la penillanura cacereña (Duque Espino *et al.*, e.p.).

Son, todos ellos, casos que en suma evidencian la diversidad de la experiencia rural protohistórica extremeña y que, en términos arquitectónicos, en buena parte conectan con el ruralismo que en ámbitos vecinos del Suroeste peninsular se está conociendo en la última década (Arruda, 2001; Mataloto, 2004; Calado *et al.*, 2007). Muestran, por otra parte, diferencias entre sí que invitan a comenzar a esbozar una tipología básica, siquiera preliminar, sobre la arquitectura de este fenómeno; pero que deben necesariamente interpretarse, más allá de lo que aporta su arqueografía, desde claves funcionales y sociales. Aspectos éstos cuya profundización es posible, precisamente, adentrándonos en los siguientes escenarios de la “Arqueología Rural”.

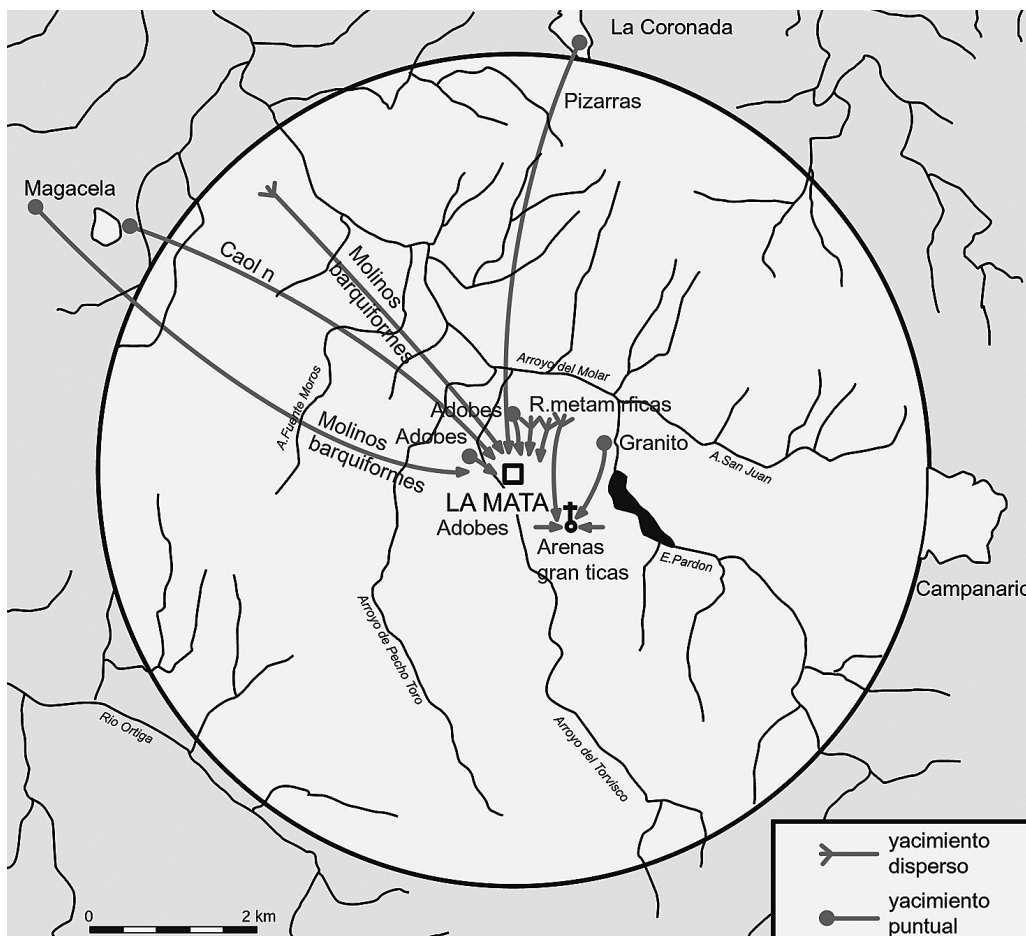
2.2. EL ENTORNO

De cuanto venimos exponiendo se deduce que no todas las ocupaciones rurales del Hierro I analizadas tuvieron la misma entidad. Así, frente al edificio señorial de La Mata y el complejo rural de La Ayuela, que vinculamos a élites rurales de diferente rango, los casos diversamente conocidos de Cerro Manzanillo, Media Legua 2, Los Caños o El Chaparral responden más a un perfil estrictamente campesino. Una dicotomía que, de manera expresiva, se refuerza igualmente en el nivel mesoespacial, y en particular en aquellos casos en cuyo entorno ha sido posible realizar prospecciones arqueológicas de superficie.

Entre ellas sin duda destacan las realizadas alrededor de La Mata. Allí, además de la prospección arqueológica intensiva propiamente dicha, para el conocimiento de su entorno se procuró la valoración integrada del registro arqueobotánico obtenido en el asentamiento y la geo-edafología de la zona (Rodríguez Díaz *et al.*, 2004a). En este sentido, los datos permitieron defender un territorio de captación bastante ajustado al marco teórico de 5 km alrededor del edificio (Ponce de León, 2004: 339; Duque Espino, 2004: 365) (Fig. 5). Respecto al territorio de explotación, el mencionado registro arqueobotánico –sobre cuyos pormenores derivamos a lo publicado en la memoria (Grau Almero *et al.*, 2004; Pérez Jordà, 2004; Vázquez Pardo *et al.*, 2004)– incluye diferentes especies de cereales (cebada vestida, trigo desnudo, escanda y mijo) y leguminosas (habas, guijas y posiblemente vezas), pero también frutales (vides, olivos, higueras y almendros) y tal vez algunos productos de huerta; además de bellotas recolectadas. Lamentablemente, casi nada puede apuntarse sobre el aspecto aún más oscuro de la arqueología rural protohistórica extremeña: las huellas de sus parcelas, de las estructuras agrarias o de las fosas de cultivo (sólo en el caso de Los Caños de Zafra se apuntó, como se recordará, el rastro de un posible paleoviñedo); pero sí parece viable la diferenciación teórica, dentro del territorio económico, entre un sector de “monte” (dispuesto sobre el sustrato granítico y los suelos más pobres) y otro de “labor” o “agro” (sobre el sedimentario, con suelos más aptos). El primero –estimado en unas 3.850 ha, dispuestas al sur del edificio y hoy muy degradado– albergaría un bosque de frondosas bien estructurado que reportaría, además de las mencionadas bellotas, miel, yerbacujajo, caza (ciervo, conejo y liebre, principalmente), leña y madera, los pastos para alimentar una ganadería de bóvidos, ovejas, cabras; elementos todos ellos (junto al porcino) documentados en La Mata (Duque Espino, 2004; Castaños Ugarte, 2004). El segundo –que abarcaría unas 2.465 ha, en el espacio más cercano al arroyo del Molar– acogería los mencionados cultivos, pero también un rico poblamiento humano (curiosamente ausente en la zona de “monte”) teóricamente encargado de su laboreo, que resulta perceptible a través de las en torno a cuarenta ocupaciones rurales subsidiarias registradas en la prospección arqueológica intensiva (Fig. 6A). Una de ellas –más tarde excavada, como hemos visto– fue la ya mencionada granja de Media Legua 2, que evidencia la inferioridad jerárquica, y no solo en el orden del rango-tamaño, de estos sitios respecto a La Mata; que permite sostener, junto a las demás, el más que probable régimen de dependencia respecto a la élite señorial en que se desarrollaron las relaciones sociales. Nos parece oportuno remitir aquí a los hipotéticos cálculos productivos sobre el cereal realizados en su momento, teóricamente cosechado en régimen bienal, que arrojan no solo cifras estimativas sobre la producción global soportada por la población campesina encargada de trabajar el latifundio dependiente del “edificio señorial” de La Mata (cifrada en 400-600 personas), sino también valores claramente excedentarios, una vez cubiertos el consumo del grupo señorial o aristocrático, la redistribución al campesinado y la simiente necesaria para las próximas siembras (Rodríguez Díaz *et al.*, 2004a: 513-522; Rodríguez Díaz *et al.*, 2010: 56).

Como en otras ocasiones hemos defendido, en la legitimación de tal situación de dominio –particularmente preferimos este término al de dependencia o servidumbre, que en otras

FIGURA 5
CAPTACIÓN DE ROCAS Y SEDIMENTOS DE LA MATA



ocasiones se ha usado— debió de jugar un papel fundamental, por su carácter simbólico, y el mensaje subliminal que por su posición en el paisaje transmitiría, el túmulo funerario del “Montón de Tierra Chico”, excavado en 1930 y reestudiado no hace mucho por nosotros (Rodríguez Díaz *et al.*, 2004a; Pavón Soldevila *et al.*, 2013a y 2013b) (Fig. 7). Se trata de una tumba revestida de seudosillares graníticos, con fondo escalonado y nicho-hornacina en la cabecera, oculta toda ella por un túmulo de tierra y piedras, que entronca con la edificación funeraria orientalizante e ibérica del sur peninsular. Dispuesto aproximadamente a 1 km de La Mata, ligeramente elevado y visible (como el edificio) por las granjas que se distribuyen por el valle del Molar, recordaría expresamente la primacía del linaje señorial sobre un entorno que vendría así de laboral en social y simbólico, como consecuencia de la apropiación visual que sobre él ejercería la morada de los ancestros.

Ninguna de las prospecciones realizadas en la Baja Extremadura a ese nivel meso en torno al resto de los yacimientos mencionados —ni siquiera las del entorno de Cancho Roano

FIGURA 6
TERRITORIOS ECONÓMICOS DE LA MATA Y LA AYUELA

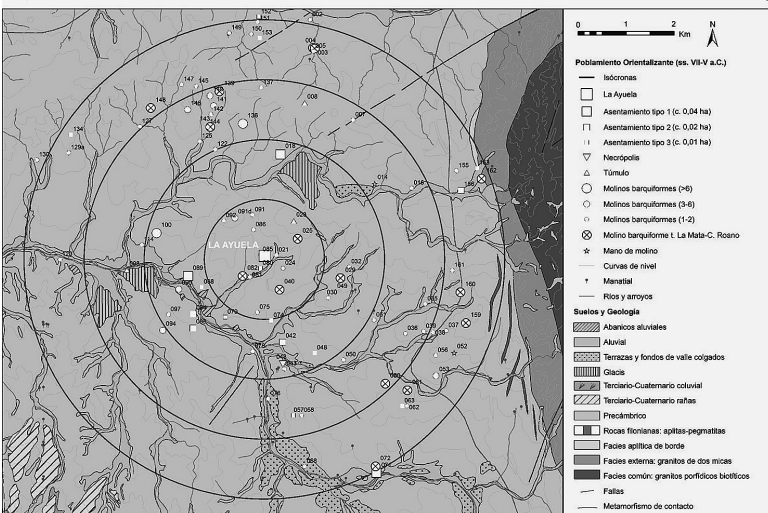
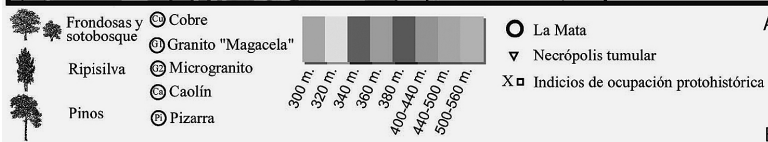
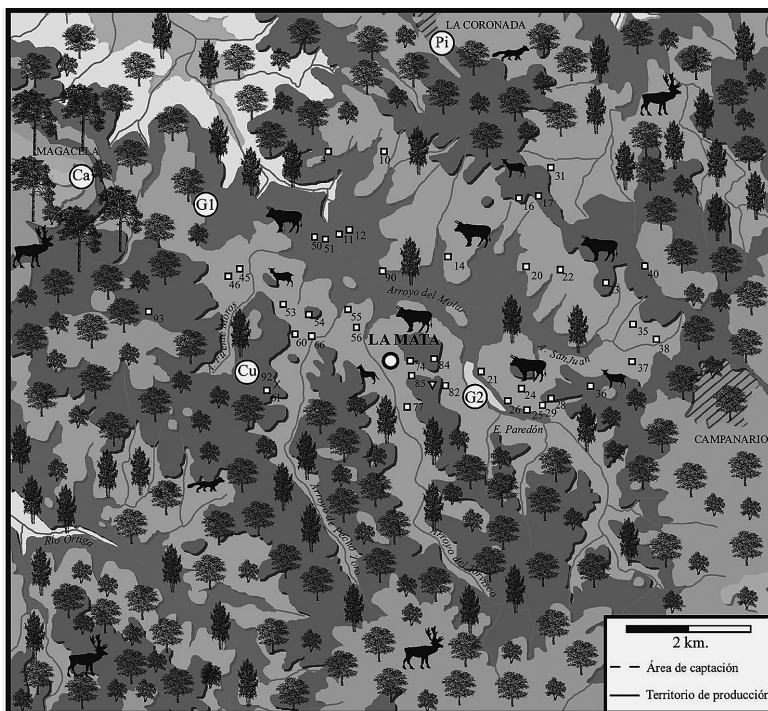
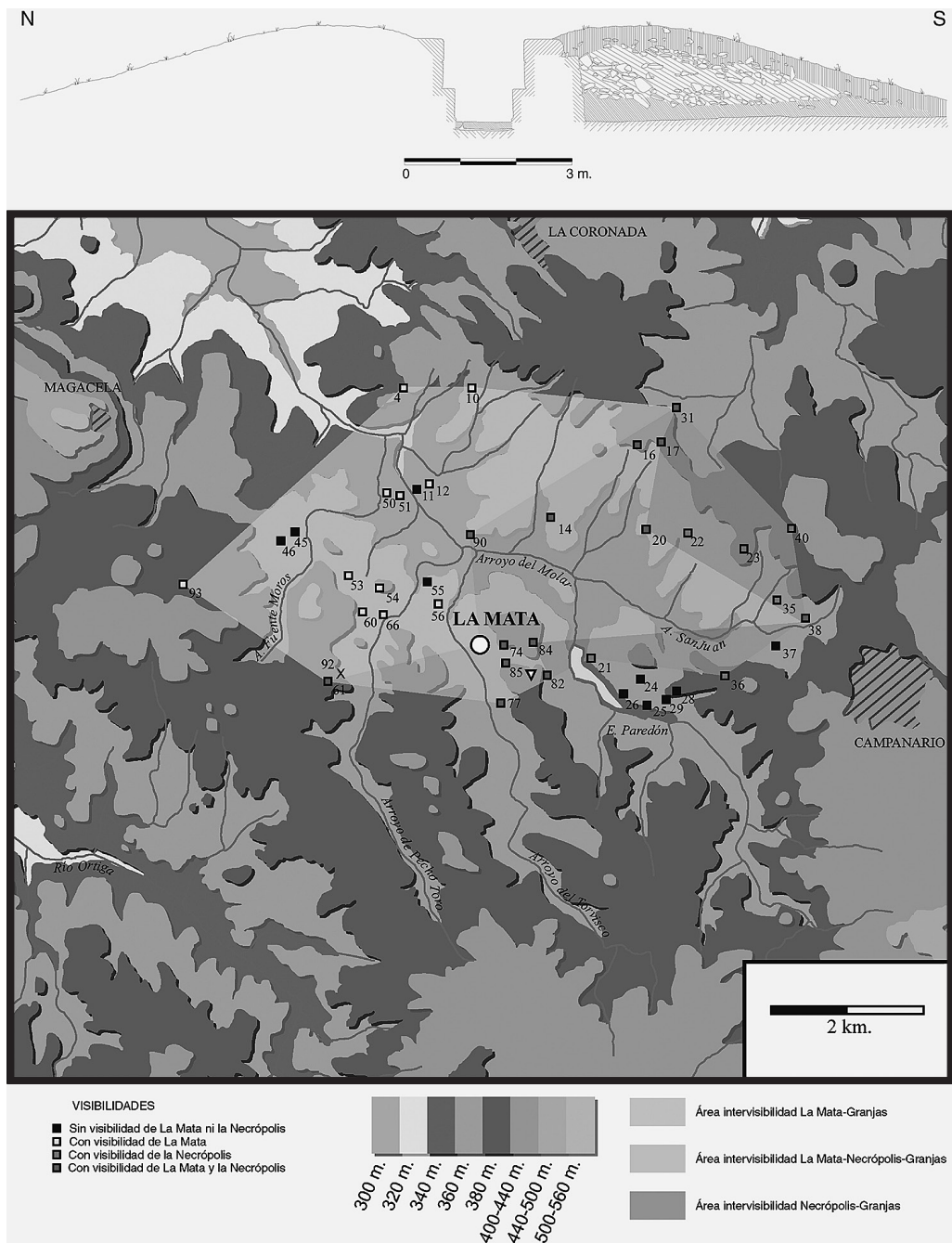


FIGURA 7
SECCIÓN DE LA NECRÓPOLIS DE LA MATA (A) E INTERVISIBILIDADES DE LA MATA, SU NECRÓPOLIS Y LAS GRANJAS (B)



(Walid y Nuño, 2005) o del campo de Medellín (Mayoral Herrera *et al.*, 2012)– permiten por el momento una reconstrucción del ambiente rural, y en su caso señorial, tan completa como la que acabamos de ver. Las de Los Caños y El Chaparral, que no cuentan con aportaciones bioarqueológicas complementarias que proyectar sobre el mesoespacio, denotan en sus zonas –recuérdese, algo “marginales”– un poblamiento campesino menos estructurado. Así, en torno al yacimiento zafrense se han constatado en superficie solo tres localizaciones coetáneas, en la zona de El Potril, con dispersiones de hallazgos bastante discretas (Pavón Soldevila *et al.*, 2015: 90-92). El Chaparral, por su parte, ha sido relacionado por su excavador con un modelo de ocupación dispersa y coordinada, en la que estaría implicada una docena de pequeñas localizaciones *a priori* del mismo nivel, coherentemente con la zona de valle-monte donde se enmarca (Sanabria Murillo, 2008: 118-119). A propósito de Cerro Manzanillo en plenas Vegas Alta, donde la prospección realizada respondió a otro perfil más selectivo, como en seguida comentaremos, ya se ha apuntado el peso de una economía cerealista de cebadas vestidas y trigos desnudos –refrendada por los estudios palinológicos (García *et al.*, 2009) y carpológicos (Duque Espino y Pérez Jordà, 2009)– que causó un cierto impacto sobre el medio, independientemente del aprovechamiento de otros recursos de origen forestal o geológico en su área de captación recurrente (acotada a menos de 3 km del caserío) que permiten entrever un agrosistema “en mosaico”. Si nos detenemos en la observación del área de captación de recursos ampliada vemos, sin embargo, que ésta alcanzaría los 10-11 km, en función solo de la procedencia del material granítico –del Macizo de Miajadas (Ponce de León, 2009)– con que se elaboraron los molinos barquiformes del asentamiento (Duque Espino *et al.*, 2009: 175-179).

Finalmente, en el sector de la penillanura cacereña más cercano al Guadiana Medio, las prospecciones arqueológicas intensivas de superficie desarrolladas en el entorno de La Ayuela han desvelado una intensa ocupación del agro que en principio no resultaba imaginable. A falta de concluir el estudio de sus muestras bioarqueológicas, que permitirá calibrar y enriquecer la propuesta, son los resultados de dicha prospección los únicos argumentos para su caracterización. Al parecer, en torno a dicho complejo rural –y sin duda capitalizados por él– se dispusieron unos noventa registros sincrónicos de distinta entidad pero coordinados en la explotación de los estrechos valles aluviales que rodean los cauces de los arroyos que surcando el zócalo precámbrico confluyen en el río Ayuela (Rodríguez Díaz *et al.*, 2013: 989 y ss. Duque Espino *et al.*, e.p.) (Fig. 6B). La densa red de hallazgos denota una ocupación auxiliar de menor entidad, aunque claramente integrada en un modelo rural de ocupación y explotación intensiva del escaso potencial agropecuario aluvial capitalizada por elites rurales y secundada por campesinos, que recuerda, salvando la distancia geográfica y la entidad de los recursos explotados, más los procesos registrados en torno a La Mata que la forma de ocupar el campo recientemente registrada en torno al cercano poblado protohistórico de la Sierra del Aljibe de Aliseda². No sería extraño, sin embargo, que las creencias ancestrales en torno a la fecundidad y la regeneración de la vida, tan extendidas en las sociedades campesinas, que hemos constatado en un espacio ritual contiguo al de aparición de su célebre tesoro (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015), se sumasen a la evidencia funeraria documentada no lejos de La Ayuela, como un elemento adicional de naturaleza inmaterial, en la elaboración de un entorno simbólico que brindara suficiente cobertura ideológica al dominio señorial sobre la tierra y los hombres, en un territorio político, como veremos, en proceso aún de definición.

² Recientemente publicada, esta información ya fue dada a conocer en DUQUE ESPINO, D., PAVÓN SOLDEVILA, I. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.: “‘Dando sentido’ al Tesoro de Aliseda: prospecciones en la penillanura cacereña”, *Workshop Dando sentido a la prospección arqueológica / Making sense of archaeological survey*, Instituto Universitario de Investigación en Arqueología Ibérica, Universidad de Jaén, 13-14 de noviembre de 2014.

2.3. EL TERRITORIO POLÍTICO

Aunque, como ya se ha indicado al comienzo de este trabajo, el estudio del territorio político supera de ordinario la escala del macroespacio, hemos de convenir en su utilidad como punto de partida. En este sentido, el desarrollo de prospecciones selectivas o extensivas sobre ámbitos comarcales o regionales, y las metodologías específicas aplicadas en su análisis, se han evidenciado en los últimos años como una magnífica atalaya desde la que definir los patrones de asentamiento, las propias relaciones políticas y, por supuesto, el tiempo histórico en que se integra la realidad rural que aquí venimos valorando. No en vano, un aspecto esencial del territorio político es precisamente su carácter organizado, que es reflejo de las relaciones de poder que se desarrollan en él, y que no son, en absoluto, estáticas ni estables.

Valorando el ruralismo en clave diacrónica, podríamos comenzar refiriendo aquí las líneas maestras y los resultados de la prospección llevada a cabo en el eje Medellín-Cerro Manzanillo, dados a conocer no hace mucho tiempo (Rodríguez Díaz *et al.*, 2009) (Fig. 8A). Dicho estudio territorial persiguió el objetivo de encuadrar el caserío de Cerro Manzanillo en el poblamiento orientalizante de las Vegas Altas del Guadiana y, en particular, contrastar su integración en el proyecto de colonización agraria, tal vez enmarcado en un proceso de crecimiento y readecuación demográficos, impulsado por el *oppidum* de Medellín entre los siglos VII-VI a.C. El estudio del mencionado eje, de unos 14 km lineales, implicó el reconocimiento del tramo del valle del Guadiana inmediato a Medellín, del valle inferior del río Rucas y del curso del arroyo Matapeces, referencia hidrográfica inmediata a Cerro Manzanillo. Fruto del mismo, se registraron casi un centenar de ocupaciones rurales pre- y protohistóricas inéditas y se definió un patrón de asentamiento estructurado en tres categorías principales: el *oppidum*, la aldea y el caserío rural.

El *oppidum* de Medellín, encaramado en un estratégico cerro testigo junto a un lugar de vadeo del Guadiana, sigue siendo –con sus 13-20 ha estimadas– el único referente de esta categoría poblacional en la zona, pese a su mal conocimiento estructural en extensión. En función de los sondeos practicados, las fases II y IIIA de su estratigrafía reflejan un proceso expansivo y aportan el referente ergológico, entre el 650-550 a.C., con el que contrastar el poblamiento rural registrado. Un referente que, como su necrópolis, denota la adopción de hábitos e iconos mediterráneos de inspiración tartésica (Almagro Gorbea, 1977; 2006; 2008a; 2008b; Almagro Gorbea y Martín Bravo, 1994). El nivel de la aldea, en segundo lugar, se ha definido a partir de La Veguilla, un yacimiento de unas 3-4 ha encontrado en el marco de nuestra prospección a unos 4 km al noreste de Medellín, en plena llanada aluvial. Un nivel aldeano hasta ahora solo conocido con un cierto detalle arqueológico por haber sido excavado, aunque fuera del territorio de Medellín, en El Palomar (Oliva de Mérida) (Jiménez Ávila y Ortega Blanco, 2001; Jiménez Ávila, 2005); pero que a nivel territorial se entiende mejor en La Veguilla, como punto de apoyo en la proyección del proceso colonizador aguas arriba del Rucas y en sus afluentes. En tercer lugar, nos encontraríamos con los abundantes caseríos y granjas que como el propio Cerro Manzanillo –o los solo conocidos por prospección de Cortijo de la Fuente, Cortijo de la Aliseda, La Majona, San Blas 3, etc.– representarían cualitativamente la “instalación tipo” del colono. No debería descartarse, en cualquier caso, la existencia de un cuarto nivel, representado tal vez por simples cabañas, similares a las registradas hace años en Sagrajas (Badajoz) y en otros lugares (Enríquez Navascués, 1990), que en la pesquisa superficial resulta complicado reconocer, pero que podrían perfectamente camuflarse tras los hallazgos menores o aparentemente aislados, y pudiéndose vincular a los “campesinos pobres”.

La concreción del extenso territorio político, un verdadero “territorio agropolitano” impulsado por la suerte de “capital del valle” en que debió erigirse el Medellín orientalizante,

que esta prospección ha contribuido a materializar en parte, implica un impulso decidido al fenómeno histórico de una colonización agrícola no fenicia, ni basada en otros grandes aportes de población exógena como en ocasiones se ha planteado (González Wagner y Alvar Ezquerro, 1989; Celestino Pérez, 2005; Almagro Gorbea, 2010), sino presumiblemente de raíces locales en un marco local de abandono de ciertas ocupaciones previas en alto (Magacela, Entrerríos...) para poblar el fértil llano de manera decidida, en una fase de eclosión demográfica, avance tecnológico e introducción “teórica” –porque la documentación, por el momento, remite tozudamente a la práctica cerealista– de nuevos cultivos (Almagro Gorbea y Martín Bravo, 1994: 122-124). La fórmula que venimos valorando para explicar el proceso, que alcanza escalas comarcales, es la de la dependencia clientelar o servidumbre, cedida a cambio de la posesión en “propiedad particular” de una tierra que pasaría de generación en generación siempre y cuando se mantuviesen los vínculos –y el tributo (en productos o servicios)– al “régulo” o “déspota monarca” (valgan por el momento los convencionalismos terminológicos) de Medellín. Una fórmula sobre la que se estructuró, en suma, un modelo piramidal y de poder concentrado vigente durante los siglos VII-VI a.C. (Rodríguez Díaz *et al.*, 2009: 206-212).

La realidad del siglo V a.C., sin embargo, parece diferente. La proliferación de los edificios señoriales similares al de La Mata, que las prospecciones extensivas que hemos llevado a cabo han evidenciado tanto en Vegas Altas-La Serena (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero, 1998: 223-231; Rodríguez Díaz *et al.*, 2009b) como en las Vegas Bajas (Duque Espino, 2001) (Fig. 8B), implica la proliferación de una nueva categoría en el patrón de asentamiento, la de los complejos señoriales, que bien pudieron haber tenido su origen incluso en el siglo VI a.C. La eclosión de éstos en términos arquitectónicos y materiales, bien conocida en las últimas fases de La Mata y Cancho Roano, contrasta con la atonía perceptible tanto en la estratigrafía de Medellín como en su necrópolis (Rodríguez Díaz, 2009: 182; Rodríguez Díaz *et al.*, 2009: 216). A nivel arqueobotánico, resulta llamativa la presencia en ellos, como ya hemos anticipado, de restos de vid, olivo y frutales que convierten en sugerente, con la información actual, su protagonismo en la puesta en marcha y expansión del cultivo de especies con rendimiento aplazado; algo que debió de cambiar no solo el paisaje agrario, sino también los sistemas de propiedad –con la más que posible privatización de algunos pagos por los propios señores– y las relaciones de poder (Rodríguez Díaz *et al.*, 2009: 213). Una realidad territorial, en suma, fragmentada en élites urbanas y élites rurales, con sus respectivos dominios y clientelas campesinas, inmersas en una dialéctica de competencia, complementariedad, emulación y ostentación proyectada en múltiples frentes. Si la imagen que ofrece el mesoespacio de La Mata –recuérdese, con centenares de campesinos subordinados en régimen de dependencia, clientela o servidumbre a un “señor rural”– es válida y extrapolable a todos los casos, hay argumentos para pensar en una verdadera “señorialización del campo”, con la transformación del modelo jerárquico en otro celular y de poder disgregado de carácter más bien heterárquico (Rodríguez Díaz, 2009: 179-180; Rodríguez Díaz *et al.*, 2010: 46-47), cuyas contradicciones internas, junto a factores externos que ya hemos explicado en otras ocasiones (Rodríguez Díaz *et al.*, 2004b: 559-602; Rodríguez Díaz, 2009b: 209; Rodríguez Díaz *et al.*, 2009), favorecerían su derrumbamiento en torno al 400 a.C.

Las expresiones rurales del siglo V a.C. que hemos referido fuera de Vegas Altas-La Serena no se integran, por ahora, en territorios políticos reconocibles; por lo que el de “autarquía” podría ser, tal vez, un concepto aplicable tanto a la realidad estudiada en torno a Los Caños como en El Chaparral. No obstante, debemos confesar las grandes carencias informativas que al respecto existen. Unas carencias extensibles, incluso, al sector meridional de la penillanura cacereña, donde la convivencia de ocupaciones en alto (Aliseda, El Risco) (Rodríguez Díaz y Pavón Soldevila, 1999; Enríquez Navascués *et al.*, 2001) con otras en llano (El Torrejón, La

Ayuela) no parece implicar, en este caso, procesos de subordinación de las segundas a las primeras: una dialéctica jerarquía-heterarquía al parecer sin solución, que una vez más nos recuerda la diversidad, y los retos investigadores futuros, de la “Arqueología Rural” protohistórica.

BIBLIOGRAFÍA

ALCINA FRANCH, J.

(1989): *Arqueología antropológica*, Madrid, Akal Universitaria.

(1998): (coord.), *Diccionario de Arqueología*, Madrid, Alianza Editorial.

ALMAGRO GORBEA, M.

(1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, VIII, Madrid.

(2006): (dir.), *La necrópolis de Medellín. I. La Excavación y sus hallazgos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26, Madrid, R.A.H.

(2008a): (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26-2, Madrid, R.A.H.

(2008b): (dir.), *La necrópolis de Medellín. III. Estudios analíticos. IV. Interpretación de la necrópolis. V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26-3, Madrid, R.A.H.

(2010): “La colonización tartésica: toponimia y arqueología”, *Serta Paleohispanica J. de Hoz*, Paleohispánica, 10, pp. 187-199.

ALMAGRO GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A. M.

(1994): “Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo”, en M. Almagro Gorbea y A. M. Martín Bravo (eds.), *Castros y Oppida en Extremadura*, Complutum Extra-4, Madrid, pp. 77-127.

ANSCHUETZ, K. F., WILSHUSEN, R. H., y SCHIECK, C. L.

(2001): “An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions”, *Journal of Archaeological Research*, 9-2, pp. 152-197.

ARRUDA, A. M.

(2001): “A Idade do Ferro pós-orientalizante no Baixo Alentejo”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 4-2, Lisboa, pp. 207-291.

BADAL GARCÍA, E.

(2002): “Bosques, campos y pastos: el potencial económico de la vegetación mediterránea”, en E. Badal, J. Bernabéu y B. Martí, *El paisaje neolítico en el Mediterráneo*, Saguntum, Extra-5, pp. 129-145.

BALLESTEROS ARIAS, P.

(2008): “La Arqueología del Paisaje agrario. Herramientas metodológicas”, *XII Congreso de Historia Agraria*, Córdoba. <http://seha.info/congresos/01_01.pdf>.

BOLÓS I CAPDEVILA, M. de

(1992): “El geosistema, modelo teórico del paisaje”, en M. de Bolós (dir.), *Manual de Ciencia del Paisaje*, Barcelona, Masson, pp. 31-46.

BURILLO MOZOTA, F. (ed.)

(1986): *Coloquio sobre el microespacio-I. Aspectos generales y metodológicos*, Arqueología Espacial, 7, Teruel.

- (1998): *Arqueología Espacial: Arqueología del Paisaje*, Arqueología Espacial, 19-20, Teruel.
- (2004): *Arqueología Espacial: Prospección*, Arqueología Espacial, 24-25, Teruel.
- BUXÓ CAPDEVILA, R. y PIQUÉ HUERTAS, R.
- (2008): *Arqueobotánica. Los usos de las plantas en la Península Ibérica*, Barcelona, Ariel Prehistoria.
- BUXÓ CAPDEVILA, R. y PONS BRUN, E. (eds.)
- (2000): *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del Ferro de l'Europa Occidental: de la producció al consum*, Sèrie Monogràfica, 18, Girona, Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- CALADO, M., MATALOTO, R. y ROCHA, P.
- (2007): "Povoamento proto-histórico na margem direita do regolfo de Alqueva (Alentejo, Portugal)", en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, pp. 129-179.
- CARANDINI, A.
- (1997): *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*, Barcelona, Crítica.
- CASTAÑOS UGARTE, P.
- (2004): "Fauna y prácticas ganaderas", en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 453-467.
- CELESTINO PÉREZ, C.
- (2005): "El período Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior", en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, vol. II, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV, pp. 767-786.
- CHAIX, L. y MÉNIEL, P.
- (2005): *Manual de Arqueozoología*, Barcelona, Ariel Prehistoria.
- CHISHOLM, M.
- (1968): *Rural Settlement and Land Use*, 2.^a ed., Londres.
- CRIADO BOADO, F. y BALLESTEROS ARIAS, P.
- (2002): "La arqueología rural: contribución al estudio de la génesis y evolución del paisaje tradicional", *I Congreso de Ingeniería Civil, Territorio y Medio Ambiente*, I, Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, pp. 461-479.
- DUQUE ESPINO, D. M.
- (2001): "Estudio y evolución de un modelo territorial agrario: el poblamiento protohistórico en las Vegas Bajas del Guadiana", *Norba*, 15, pp. 23-62.
- (2004): "La madera en la construcción y adecuación del edificio de 'La Mata'", en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 345-384.
- (2005): "Aproximación al paisaje vegetal del Orientalizante en la Cuenca Media del Guadiana a través de la antracología y su integración en los datos paleoambientales, económicos y poblacionales", en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, vol. II, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV, pp. 967-976.

- (2007): “La colonización agraria orientalizante en la Cuenca Media del Guadiana”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, pp. 45-69.
- DUQUE ESPINO, D. M. y GRAU ALMERO, E.
 (2009): “Marco paleobiogeográfico”, en A. Rodríguez Díaz, D. M. Duque Espino e I. Pavón Soldevila (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida, pp. 19-27.
- DUQUE ESPINO, D. M., LÓPEZ RODRÍGUEZ, R., PAVÓN SOLDEVILA, I., PÉREZ GARCÍA, C., PÉREZ MAESTRO, C. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.
 (e.p.): “La Ayuela, un complejo rural protohistórico en Los Llanos de Cáceres. Avance de las intervenciones arqueológicas”, *Extremadura Arqueológica*, XII.
- DUQUE ESPINO, D. M. y PÉREZ JORDÀ, G.
 (2009): “Restos antracológicos y carpológicos”, en A. Rodríguez Díaz, D. M. Duque Espino e I. Pavón Soldevila (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida, pp. 159-170.
- DUQUE ESPINO, D. M., PÉREZ JORDÀ, G., PAVÓN SOLDEVILA, I. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.
 (2009): “El almacenamiento en la protohistoria del Guadiana Medio: continentes y contenidos”, en R. García Huerta y D. Rodríguez González, *Sistemas de almacenamiento y conservación de alimentos entre los pueblos prerromanos peninsulares*, Ciudad Real, pp. 283-302.
- DUQUE ESPINO, D. M., PONCE DE LEÓN, M., GARCÍA ALONSO, D., RAMOS MAQUEDA, S., VÁZQUEZ PARDO, F. M., PÉREZ JORDÀ, G. y ROVIRA LLORENS, S.
 (2009): “A modo de síntesis: la gestión del medio”, en A. Rodríguez Díaz, D. M. Duque Espino e I. Pavón Soldevila (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida, pp. 175-179.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.
 (1990): “El Bronce Final extremeño y su relación con la Cultura Tartésica”, en A. Velázquez, J. L. de la Barrera y J. J. Enríquez (eds.), *La Cultura Tartésica y Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2, Mérida, M.N.A.R., pp. 63-84.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J., RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILA, I.
 (2001): *El Risco. Excavaciones de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres), 1991 y 1993*, Memorias de Arqueología Extremeña, 4, Mérida.
- FOWLER, R.
 (1983): *The Farming of Prehistoric Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 2.^a ed. (Cambridge, 1981).
- GÓMEZ BELLARD, C. (ed.)
 (2003): *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, Universidad de Valencia.
- GARCÍA ALONSO, D., RAMOS MAQUEDA, S. y VÁZQUEZ PARDO, F. M.
 (2009): “Estudio palinológico”, en A. Rodríguez Díaz, D. M. Duque Espino e I. Pavón Soldevila (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la*

colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida, pp. 149-158.

GONZÁLEZ WAGNER, C. y ALVAR EZQUERRA, J.

(1989): “Fenicios en Occidente: la colonización agrícola”, *Rivista di Studi Fenici*, XVII-1, pp. 61-102.

GRAU ALMERO, E., DUQUE ESPINO, D. M. y CUENCA GARCÍA, C.

(2004): “Paleoambiente y paisaje en La Serena”, en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 29-72.

HIGGS, E.

(1975): *Palaeoeconomy*, Cambridge.

HIGGS, E. y VITA-FINZI, C.

(1972): “Prehistoric Economies: a territorial approach”, en E. Higgs (ed.), *Papers in Economic Prehistory*, Cambridge, pp. 27-36.

ISAGER, S. y SKYDSGAARD, J. E.

(1995): *Ancient Greek Agriculture: An Introduction*, Londres-Nueva York, Routledge.

JIMÉNEZ ÁVILA, J.

(2005): “El territorio emeritense en época protohistórica: antecedentes prerromanos de Emerita Augusta”, en T. Nogales Basarrate (ed.), *Augusta Emerita, territorios, espacios, imágenes y gentes en la Lusitania romana*, Monografías Emeritenses, 8, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 42-66.

(2012): *Cancho Roano, más que palabras. Bibliografía crítica sobre el yacimiento post-orientalizante de Zalamea de la Serena*, Badajoz, Diputación de Badajoz.

JIMÉNEZ ÁVILA, F. J. y ORTEGA BLANCO, J.

(2001): “El poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, C.E.P.O.-C.E.H.-C.S.I.C., pp. 227-248.

(2008): “El Torrejón de Abajo. Un yacimiento orientalizante en el entorno periurbano de Cáceres”, en P. J. Sanabria (ed.), *Arqueología urbana en Cáceres, Memorias del Museo de Cáceres*, 7, Cáceres, pp. 83-113.

JIMÉNEZ ÁVILA, J., ORTEGA, J. y LÓPEZ, A. M.

(2002): “El poblado de ‘El Chaparral’ (Aljucén) y el asentamiento del Hierro Antiguo en la comarca de Mérida”, *Mérida. Excavaciones Arqueológicas. Memoria*, 8, pp. 457-485.

MARTÍN ORTEGA, A. y PLANA MALLART, R. (eds.)

(2001): *Territori polític i territori rural durant l’Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*, Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret, Monografies d’Ullastret, 2, Girona, Museu d’Arqueologia de Catalunya.

MATA PARREÑO, C. y PÉREZ JORDÀ, G. (eds.)

(2000): *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*, Saguntum, Extra-3, Valencia.

MATALOTO, R.

(2004): *Un “monte” da Idade do Ferro na Herdade da Sapatoa: ruralidade e povoamento no I milenio a.C. do Alentejo Central*, Trabalhos de Arqueologia, 37, Lisboa, I.P.A.

MAYET, F. y TAVARES DA SILVA, C.

(2000): *L'établissement phénicien d'Abul (Portugal). Comptoir et sanctuaire*, París.

MAYORAL HERRERA, V.

(2004): *Paisajes agrarios y cambio social en Andalucía Oriental entre los períodos ibérico y romano*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXI, Madrid-Mérida, C.S.I.C.-I.A.M.

MAYORAL HERRERA, V., BORJA BARRERA, F., BORJA BARRERA, C., MARTÍNEZ DEL POZO, J. A. y DE TENA, M.

(2012): "The evolution of an agrarian landscape. Methodological proposal for the archaeological study of the alluvial plain of Medellín (Guadiana basin, Spain)", en S. Kluiving y E. guttmann-Bond (eds.), *Landscape Archaeology between Art and Science*, Amsterdam, pp. 97-114.

OREJAS SACO DE VALLE, A. (coord.)

(2006): *Espacios agrarios*, Arqueología Espacial, 26, Teruel.

OREJAS SACO DEL VALLE, A., RUIZ DEL ÁRBOL, M. y LÓPEZ, O.

(2002): "Los registros del paisaje en la investigación arqueológica", *Archivo Español de Arqueología*, 75, pp. 287-311.

ORTEGA ORTEGA, J.

(1998): "De la Arqueología Espacial a la Arqueología del Paisaje: ¿es Annales la solución?", en F. Burillo Mozota (ed.), *Arqueología del Paisaje*, Arqueología Espacial, 19-20, Teruel, pp. 33-51.

PAVÓN SOLDEVILA, I. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(2007): "Campo y ciudad en la 'protohistoria extremeña': conceptos y criterios investigadores", en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, pp. 11-44.

PAVÓN SOLDEVILA, I., RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y DUQUE ESPINO, D. M.

(2013a): *Crónicas de las exploraciones arqueológicas de 1930 en "La Mata" (Campanario, Badajoz)*, Campanario.

(2013b): "Las exploraciones arqueológicas de 1930 en los túmulos de 'La Mata' (Campanario, Badajoz)", *Sagvntvm*, 45, pp. 139-161.

PAVÓN SOLDEVILA, I., DUQUE ESPINO, D. M. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(2015): "Prehistoria y Antigüedad en el campo de Zafra: una perspectiva desde el estudio del poblamiento", *Revista de Estudios Extremeños*, LXXI, pp. 67-114.

PÉREZ JORDÀ, G.

(2004): "Cultivos y prácticas agrarias", en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 385-422.

PONCE DE LEÓN IGLESIAS, M.

(2004): "Geología y materiales de construcción", en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 315-344.

(2009): "Geología del entorno de Cerro Manzanillo y procedencia de los materiales líticos para la arquitectura y elaboración de los útiles de molienda", en A. Rodríguez Díaz,

D. M. Duque Espino e I. Pavón Soldevila (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida, pp. 139-148.

RENFREW, C. y BAHN, P. (eds.)

(2008): *Arqueología. Conceptos clave*, Madrid, Akal.

ROBERTS, B. K.

(1996): *Landscapes of Settlement: Prehistory to the Present*, Londres, Routledge.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A.

(2004): (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres.

(2009a): "‘Arqueología Rural’, Territorio y Paisaje en la protohistoria del Guadiana Medio: una propuesta metodológica", en R. Cruz-Auñón Briones y E. Ferrer Albelda (coords.), *Estudios de Prehistoria y Arqueología en homenaje a Pilar Acosta Martínez*, Sevilla, pp. 305-335.

(2009b): *Campesinos y "señores del campo". Tierra y poder en la protohistoria extremeña*, Barcelona, Bellaterra Arqueología.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., CHAUTÓN PÉREZ, H. y DUQUE ESPINO, D. M.

(2006): "Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: Los Caños (Zafra, Badajoz)", *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 9-1, pp. 71-113.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., DUQUE ESPINO, D. y PAVÓN SOLDEVILA, I.

(2009): (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ORTIZ ROMERO, P.

(1998): "La Mata de Campanario (Badajoz): un nuevo ejemplo de 'arquitectura de prestigio' en la Cuenca Media del Guadiana", en A. Rodríguez Díaz (coord.), *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Cáceres, pp. 201-246.

(2004): "La Mata, un edificio organizado", en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 75-312.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILA, I.

(1999): *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres). Campaña de 1995*, Mérida-Aliseda.

(2007): (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILA, I. y DUQUE ESPINO, D. M.

(2004a): "La Mata y su territorio", en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 497-569.

(2004b): "La Mata: macroespacio y contexto histórico", en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 573-619.

(2009): "Contexto territorial e histórico", en A. Rodríguez Díaz, D. M. Duque Espino e I. Pavón Soldevila (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*, Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Mérida, pp. 183-322.

- (2010): “Población, poblamiento y modelos sociales de la Primera Edad del Hierro en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo”, *Arqueología de la Población. Actas del VI Coloquio Internacional de Arqueología Espacial*, Arqueología Espacial, 28, Teruel, pp. 41-64.
- (2015): (eds.), *El Tiempo del Tesoro de Aliseda, II. Aproximación a su contexto arqueológico*.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILA, I., DUQUE ESPINO, D. M. y ORTIZ ROMERO, P.
- (2007): “La ‘señorialización del campo’ postartésica en el Guadiana Medio: el edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su territorio”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, pp. 71-101.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., DUQUE ESPINO, D., PAVÓN SOLDEVILA, I., ORTIZ ROMERO, P. y BELLO RODRIGO, J. R.
- (2013): “Historia y territorio del Tesoro de Aliseda”, en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante Álvarez y M. García Cabezas (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*, Villafranca de los Barros, pp. 975-997.
- RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S.
- (2001): (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, C.E.P.O.-C.E.H.-C.S.I.C.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.
- (1986): “Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir”, *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, pp. 9-19.
- (1998): “Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales”, en C. Aranegui Gascó (ed.), *Actas del I Congreso Internacional “Los Iberos, príncipes de Occidente”. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Saguntum, Extra-1, pp. 289-300.
- (2000): “El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes”, en C. Mata Parreño y G. Pérez Jordà (eds.), *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric*, Saguntum, Extra-3, pp. 11-20.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. y RÍSQUEZ, C.
- (1998): “Paisaje y territorio-mundo: dos dimensiones de una misma teoría arqueológica”, en F. Burillo Mozota (ed.), *Arqueología del Paisaje*, Arqueología Espacial, 19-20, pp. 21-32.
- SANABRIA MURILLO, D.
- (2008): *Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: “El Chaparral” (Aljucén, Badajoz)*, Memorias de Arqueología Extremeña, 10, Mérida.
- SÁNCHEZ HIDALGO, F., SANABRIA MURILLO, D., MENÉNDEZ MENÉNDEZ, A., GIBELLO BRAVO, V. y JIMÉNEZ ÁVILA, J.
- (2013): “Entre Cancho Roano y La Mata: la estación rural post-orientalizante de La Carbonera (La Guarda-Campanario, Badajoz)”, en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante Álvarez y M. García Cabezas (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*, Villafranca de los Barros, pp. 1098-1132.
- VAN DOMMELEN, P. y GÓMEZ BELLARD, C. (eds.)
- (2008): *Rural Landscapes of the Punic World*, Londres, Equinox.

VÁZQUEZ PARDO, F. M., RAMOS, S., DONCEL, E. y PÉREZ, G.

(2004): “La recolección de bellotas: aspectos de su procesado y recolección”, en A. Rodríguez Díaz (ed.), *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres, pp. 423-432.

WALID, S. y NUÑO, R.

(2005): “Aplicaciones arqueogeográficas al estudio de las sociedades del período orientalizante: ¿Quién construyó Cancho Roano?”, en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), *El Período Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, vol. II, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV, pp. 977-984.

WOLF, E. R.

(1982): *Los campesinos*, Barcelona, Ed. Labor (Nueva Jersey, 1971).

